



Cadenas de brillantes

Eleanor Boardman Conrad Nagel
Lawrence Gray



25
CTS



McCarthy, John P.

LA NOVELA METRO-GOLDWYN-MAYER

IBÉRICA, S. A.

Año III

Núm.

74

Publicación Semanal de argumentos

de películas de

METRO GOLDWYN MAYER

25

Cénts.

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - Teléfono 18551 - Barcelona

Cadenas de brillantes

(DIAMOND HANDCUFFS, 1928)

Intrigante asunto, interpretada por

Lena Malena, Charles Stevens, Conrad Nagel,
Gwen Lee, John Roche, Eleanor Boardman,
Lawrence Gray y Sam Hardy

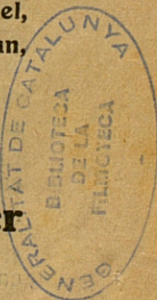
Producción

Metro - Goldwyn - Mayer

DISTRIBUIDA POR

METRO - GOLDWYN - MAYER
IBÉRICA, S. A.

MALLORCA, 220 - BRACELONA



CADENAS DE BRILLANTES

Argumento de la Película

ACTO PRIMERO

Escena : Una mina de diamantes en Africa.

Tiempo : El verano de 1925.

Reperto

Musa : Lena Maleva.

Niambo : Charles Stevens.

En una importante explotación minera africana trabajaban innumerables negros, por mísero jornal y ardua labor.

Estrechamente vigilados los indígenas arrancaban de la tierra las piedras preciosas que, una vez labradas lucirían otros hermanos más afortunados y de distinta raza, pagando por ellas precios fabulosos.

Los negocios de la empresa iban viento en

popa y producían pingües ganancias a los accionistas.

Cerca de las minas se levantaban las chozas de los naturales del país, donde éstos se hacían sin la menor noción de higiene.

Musa era una ardiente indígena creada para la tentación y el placer. De cuerpo escultural y ojos de fuego, encarnaba la voluptuosidad en su grado máximo, por lo que eran varios los negros que andaban locos por ella.

Sin embargo había un pretendiente que llegaba en su pasión por aquella mujer fatal a la ceguera. Llamábase Niambo y era uno de los mejores obreros de las minas.

La vida de los trabajadores de la formidable empresa se asemejaba como una gota de agua a otra gota de agua a la esclavitud, pues sólo les estaba permitida a algunos la salida del campamento al caer la tarde y después de ser minuciosamente registrados, para impedir que se llevasen alguna de las valiosas piedras que hallaban en sus excavaciones.

Musa subióse hasta la red que cerraba la terraza donde a la hora de la siesta se hallaban tendidos los obreros, sudando a mares bajo el ardiente sol, y, haciéndose ver de Niambo, le dijo, apresándole en los poderosos tentáculos del deseo carnal:

—Esta noche te aguardo fuera, Niambo.

El negro prometió acudir a la cita, pero, descubierto hablando con Musa, fué apaleado por el capataz quien, a pesar de ser hermano racial, trataba a los obreros como los más crueles blancos negreros.

Estaba terminantemente prohibido a los esclavos como Niambo comunicarse con la gente del exterior, para evitar que pudiera efectuarse alguna combinación en perjuicio de la compañía minera.

Musa apresuróse a descender de la terraza, y armada de un cuchillo, por si algún guardián intentara maltratarla, regresó a su choza, con la esperanza de que, al anoecer, Niambo acudiría a la cita.

En efecto, el negro, loco perdido por la pecadora, salió subrepticamente del recinto de las minas, por un boquete practicado a ras de tierra en una de las paredes de uno de los almacenes y que, durante el día, ocultaba con unos sacos, pues no era la primera vez que se escapaba para gozar a sus anchas de unos momentos de libertad.

Musa le esperaba en un lugar solitario, inmediato a las minas y protegido contra miradas indiscretas por exuberante vegetación.

Niambo la abrazó fogosamente, pero Musa, deteniéndole en sus amorosas exaltaciones, le

dijo, clavando en los suyos sus endiablados ojos:

—¿Por qué no me traes un diamante?

Niambo la contemplo asombrado. ¿No se exponía bastante por ella escapando de las



Musa apresuróse a descender...

minas cuando ella le citaba? ¿Qué significaba un diamante comparado con el valor que tenían sus escapatorias?

Pero Musa quería, exigía una de aquellas piedras preciosas que habían acabado por ser en ella martirizante obsesión, y desprendiéndose con perversidad de los brazos de Niambo, dejó caer estas palabras:

—Si tú no traes diamante... Musa encontrará hombre que lo traerá.

El negro, consumiéndose en la fiebre del deseo, cayó a los pies de la diablesa y preguntó:

—¿Y si Niambo le trae diamante a Musa?

—Entonces, Musa accederá a cuanto le pida Niambo.

Y el indígena, resuelto a complacerla, exclamó:

—Tendrás diamante!

Al día siguiente, Niambo hundió su pico en la tierra con más ahinco que nunca sin apartar un solo instante su vista de las hendiduras que causaba a cada nuevo golpe.

De pronto, halló una seductora piedra, cuyo brillo era sólo parangonable al de los ojos de Musa, y decidió ocultárselo para ella.

¿Cómo lo haría para no correr el riesgo de ser sorprendido? Aguzó el ingenio y, dispuesto a todo por el amor de la mujer fatal, dióse fríamente un fuerte golpe en una pierna y, ahogando el dolor de la herida con el pensamiento puesto en las venturosas horas que le

estaban reservadas junto a la mujer de sus ansias, escondió la piedra en el orificio sangrante de su carne, vendó éste y llamando la atención del guardián más próximo con sus lastimeros ayes, mostróle su pierna ensangrentada, diciéndole:

—Me di un golpe en una vena y me estoy desangrando.

Lo mandaron al hospital, pero Niambo, escuchándose hasta el boquete que comunicaba con el exterior, se disponía a desaparecer por él, para ir al encuentro de Musa, cuando un guardián le sorprendió, desde lejos, en tal intento, disparando acto seguido contra él.

La bala alcanzó a Niambo, quien, acuciado por el anhelo de ver por sus propios ojos la alegría que causaría a Musa entregándole la codiciada piedra, arrastróse como una serpiente hacia afuera, y, una vez libre, echó a correr, tambaleándose, como un beodo, hacia el campamento de sus hermanos, donde Musa movía a pecado a sus admiradores con sus lúbricas danzas.

La aparición de Niambo llevó a la mente de todos y de ella misma el recuerdo del castigo que daban los jefes de las minas a los fugitivos, considerando que la huida obedecía al robo.

Musa amparó a Niambo, quien no podía ya dar un paso más, y llevólo a su choza.

A solas en ella, Niambo, haciendo un postrer esfuerzo, arrancóse la venda de la pierna y sacando de la herida la piedra robada la ofreció a Musa, cuyos ojos brillaron con un fulgor desconocido, fatal.

Pero Niambo se moría y, antes de expirar, besó la boca de la pecadora...

Musa, aterrada, oyó pasos cercanos y huyó lejos, pues comprendía que los que llegaban eran mineros blancos interesados en la captura de Niambo, para arrebatárle la piedra que se había llevado.

Y cuando los europeos entraron en la choza, sólo hallaron a un pobre negro sin vida.

Musa, oculta en un carro cargado de heno, huía, huía...

Y el diamante viajó. Fué a parar a manos de un comerciante... de un bandido... de un jugador... de una aventurera. Se convirtió en el mismo demonio destrozando varias vidas.

SEGUNDO ACTO

Escena : Una joyería de la Quinta Avenida de Nueva York.

Epoca: Un año después.

Reparto

El marido: Conrad Nagel

La esposa: Gwen Lee

El amigo : John Roche

Montado al aire en una sortija de platino, el diamante fatal ocupaba el puesto de honor en la vitrina de una de las más importantes joyerías de la gran ciudad. Una estatua de bronce, representando una maravillosa mujer negra, lo mostraba al público con gracioso ademán, y al pié de la figura había esta indicación:

"Diamante "El Shah"

"El más fino de América"

Cierto día, Cecilia y su marido Juan, a quienes acompañaba José, amigo de ambos, se detuvieron casualmente ante la joyería y contemplaron la famosa joya.

Cecilia no pudo menos de exclamar, fascinada por su brillo:

—¡Oh, Juan de mi alma!

Juan, distraído, preguntó:

—¿Qué ocurre?

La misma curiosidad invadió a José.

—¡Fíjate en este precioso brillante!—explicó Cecilia.

—Muy bonito — contestó Juan.

Y José:

—En efecto.

—Nunca seré dichosa hasta tenerlo — suspiró Cecilia, tentando a su marido.

Juan la miró con extraordinaria sorpresa y comentó:

—Mira que vale demasiado dinero para nosotros!

Y José, bromeando:

—Si no le puedes comprar la sortija, cómprale la estatuita en que está colocada. Eso la consolará.

La boquita de la esposa dibujó un mohín de enfado, y después de dirigirle algunas palabras de resignación, Juan despidióse de ella, diciéndole:

—José te hará compañía durante la cena. Yo saldré muy tarde de la oficina.

—Con mucho gusto — dijo el amigo —, pero

antes tengo que comprar algo para una señora. ¡Hasta luego!

Sé alejó, Juan lo hizo luego de Cecilia y ésta regresó a su casa.

Pero José no hizo más que dar la vuelta a la manzana y, de nuevo frente a la joyería, entró en ella y pidió "El Shah".

Como el joyero conocía al cliente, le manifestó:

—No puede usted imaginarse, señor Fontana, la influencia que esta maravillosa gema ejerce sobre las mujeres.

—Por eso la compro — repuso José.

Extendió un cheque por el precio de la joya—veinte mil dólares—y desde la joyería encaminóse a casa de sus amigos Cecilia y Juan, no sin antes haber adquirido una caja de flores para la primera.

Cecilia recibió cordialmente a José, y, recordando lo que le dijera al separarse de ella y su marido en la calle, no pudo ocultarle su curiosidad...

—Perdóneme si soy entrometida, José... pero quisiera saber lo que ha comprado para esa... "señora".

José sonrió a Cecilia, que se acercaba junto a él como si no desconociera sus caricias, y después de abrir la caja de flores... abrió el estuche conteniendo la maravillosa joya.

Un grito de inmensa alegría se escapó del pecho de Cecilia, y, luego, otro de pasión. ¡"El Shah" era para ella!

Sucedieron las caricias amorosas, y alguien, en la sombra, era testigo presencial de ellas.

¿Sabéis quién era?

¡Musa!

La fatalidad había unido la vida de la negra pecadora a la extraña suerte del brillante. A la sazón era la doncella de Cecilia, y estaba transformada y pulida como la piedra misma...

Juan, al salir de la oficina, pensó en el capricho de su mujer, y, haciendo una concesión más a su adorado tormento, entró en la joyería para comprar el diamante.

—Lo he vendido hace un rato a su amigo el señor Fontana — informóle el joyero.

—¿Qué contrariedad! — dijo Juan —. Yo quería ofrecérselo a mi esposa... y él ha debido comprarlo para alguna de sus amantes.

Y se echó a reír.

El joyero añadió, siguiendo la broma:

—Apostaría cualquier cosa a que algún marido que ahora vive feliz va a perder a su esposa.

—Opino lo mismo... En fin, confío que mi mujer se conformará con otra joya.

A poco, reuniéndose con Cecilia y José, que

terminaban de cenar, dijo a éste, sonriendo:

—Vaya un amigo... que priva a mi mujercita de una cosa que tanto quiere.

Cecilia y José le miraron interrogantes, y Juan concretó sus palabras:

—Quería comprarte ese diamante... pero



Sucedieron las caricias amorosas...

José llegó primero que yo...

¡Qué compromiso! Cecilia apresuróse a ocultar el anillo, que lucía en uno de sus dedos, y tirándolo al suelo, hizo una seña a Musa, quien comprendió que debía recogerlo y es-

conderlo hasta que su señorita se lo reclamase, una vez pasado el peligro.

Juan continuó bromeando:

—José, no quisiera ser yo el marido de esa mujer que quieres conquistar. ¿Quién es, José? Sería divertido conocer al marido que está a punto de perder el amor de su esposa.

José sonrió, aunque le costó mucho el hacerlo, y dijo:

—No te lo puedo decir... por propio respeto al marido.

—Sin duda, es un imbécil. ¡Pobre hombre!

José se hallaba violento y aprovechó la primera oportunidad para marcharse.

Juan leyó el periódico, y, a la hora de retirarse a descansar, sorprendió como Musa entregaba a Cecilia un anillo y ésta no pudo negarse a mostrárselo. El descubrimiento había sido provocado por Musa, inconscientemente, por obra de la fatalidad.

Juan examinó el anillo y opinó, asombrado:

—¡Si parece... "El Shah"!

Cecilia se recobró pronto de su desconcierto y mintió:

—Pero no lo es. Es una imitación que me ha regalado José en vista del interés que tenía por "El Shah" legítimo.

—¿Cómo no me lo dijiste en el comedor?

—No merecía la pena... Y como es una joya

falsa se la he prestado a Musa que adora estas bisuterías.

—¡Qué cosas tiene Pepe!

Al día siguiente, al tiempo que Cecilia encontraba a faltar en su joyero el diamante, Juan lo presentaba al joyero, para su examen.

—Vea usted si esto es una imitación — le había dicho.

El técnico en la materia lo contempló detenidamente y repuso:

—¿Quién ha dicho que es falso? Es el verdadero diamante. "El Shah". ¡El señor Fontana me pagó veinte mil dólares por él!

—Bien... Gracias... Quise asegurarme de ello...

Y procurando disimular su furor, salió de la joyería; pero el joyero, para quien no pasó inadvertido el estado de ánimo de Juan, arrepintióse de haberle dicho que el brillante no era falso.

Cecilia, intranquila, llamó por teléfono a José, que se hallaba todavía en la cama.

—¡José... desapareció el brillante! ¡Estoy segura que Juan se lo llevó!

—¡Qué desastre!

—Si Juan se entera de la verdad... no sé lo que va a hacer conmigo...

—A mí lo que me preocupa es pensar lo que hará conmigo.

—¿Cómo?

Pero José había colgado ya el aparato, para vestirse rápidamente.

Juan presentóse en aquellos momentos ante su mujer, quien extrañóse de verle a aquella hora en el hogar; pero, fingiendo con mucha habilidad, inquirió, cariñosa:

—¿Qué te pasa? ¿Cómo vienes a estas horas?

Muy amable, de un modo incomprensible, Juan respondióle:

—No pude ir a mi oficina sin pedirte perdón.

—Perdón... ¿de qué?

—Tenías razón. El diamante es una imitación.

—¡Ah!

—Sí, me lo acaba de decir el joyero que se lo vendió a José.

Musa apareció ante los esposos, y llamándola, Juan le dijo:

—Musa, me ha dicho la señora que te gusta esta alhaja.

—Mucho, señor...

—Pues quédate con ella.

Ni que decir tiene que la doncella aceptó de mil amores el valioso diamante.

Juan añadió, dirigiéndose a su mujer:

—¿Me perdonas por no haberte creído?

—¡Quién lo duda, maridín! Pero... otra vez...

—No temas... No volveré a incurrir en la tontería de dudar de ti... y que Dios me perdone, como tú lo haces, por mi debilidad en la presente ocasión.

Tras esto Juan salió de su casa. Su táctica era loable. Trataba de apartar a su mujer de José, haciéndole creer que su regalo era un engaño.

Pero al ir a salir a la calle vió a José en el ascensor y se detuvo, sospechando lo que no se había atrevido aún a sospechar.

José, apenas vió a Cecilia, quien le abrió personalmente la puerta del piso, le dijo, preocupado:

—Bien, Cecilia... bastante quehacer me has dado...

A lo que ella replicó disgustada:

—¿Y tú a mi qué me has dado? Disgustos... y un pedazo de vidrio...

—¿Qué dices? ¡Desvarías, hija!

—No disimules, pues lo sé todo. Juan llevó el anillo al joyero y éste le ha dicho que era una falsa imitación.

José sacóse el talonario de cheques y mostrándole la matriz del que entregara al joyero, exclamó:

—¡Veinte mil dólares pagué por él! ¡Hay para comprar todo el vidrio del mundo!

Cecilia palideció. ¿Qué significaba aquello?
De súbito, gritó, alarmada:

—¡Musa! ¡Musa lo tiene!

Y, seguida de José, fué en busca de la doncella. La hallaron liando sus maletas para huir con la joya fatal.

—¡Dame ese anillo! — rugió Cecilia.

—¡No! ¡Es mío! ¡Me lo dió el señor!

José se unió a Cecilia para dominar la resistencia de Musa; mas en aquel momento apareció Juan, quién, comprendiéndolo todo, vociferó, asqueado:

—¡Afuera los dos! ¡Hemos terminado!

La adúltera y el falso amigo abandonaron la casa, y Musa lo hizo también, llevándose el diamante.

Y así la joya rodó de unas manos en otras... Lo tuvo un ratero... fué a parar a una tienda... y otra vez a la joyería de la Quinta Avenida. Era una "llama" del deseo.

ACTO TERCERO

Escena: En un café de los barrios bajos

Epoca: Presente.

Reparto

Lili : Eleanor Boardman

Pepe : Lawrence Gray

Farruco: Sam Hardy

Sentados ante una mesa del café, Lili y Farruco hablaban con unos amigos. Ella era la bailarina del establecimiento, él, el dueño; y los demás, vividores, tahures, ladrones profesionales.

Lili dijo ingenuamente:

—Ayer me llevó Pepe de paseo y vimos el famoso brillante "El Shah".

Farruco miró hacia la Caja, detrás de cuyo mostrador se hallaba Pepe, y, levantándose, fué al encuentro de éste y, sin que mediara palabra entre ellos, le dió un formidable puñetazo.

Lili pretendió poner paz, pero Farruco la mandó imperiosamente a su cuarto, y añadió a Pepe, maltratándole de nuevo:

—Cuando el Farruco quiere a una mujer no permite que nadie se meta por medio, ¿me entiendes?

Los que se decían amigos de Farruco murmuraron, refiriéndose a él y a Lili:

—Ese bárbaro le va a estropear el otro pulmón... ¡Pobre muchacha!

En efecto, Lili iba camino de la tisis, consecuencia de la vida agitada que había llevado hasta entonces.

Farruco reunióse con Lili y amansóse ante ella.

—Lili — le dijo reteniéndola a la fuerza entre sus brazos—, tú eres la mujer que más quiero.

Más por temor que por amor, Lili sonrió, resignándose a su vida de mujer indefensa, y repuso abrazándole a su vez:

—Yo también a ti.

—He hecho todo lo posible por que fueras dichosa...

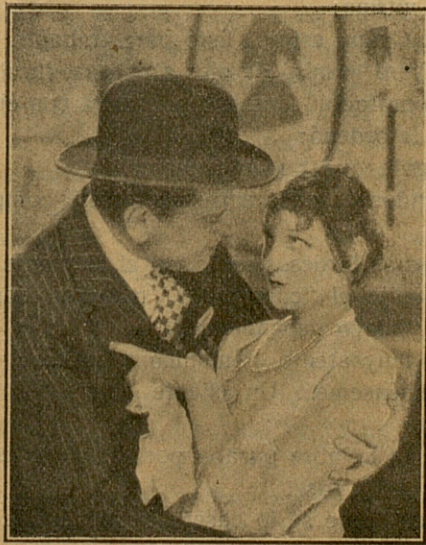
—Nunca lo seré sin ese brillante. Solamente cuesta veinte mil.

—¿Veinte mil?... ¿Te crees que tengo una fábrica de hacer dinero?

—Si me vieran con ese brillante, todos sabrían que soy tu novia.

—¡Bah! Todo el mundo sabe que eres mía... No necesitas llevar un faro en los dedos.

Aquella tarde, un comprador, asiduo concurrente del café de Farruco, presentóse en la joyería donde se hallaba el indicado brillante a que había hecho alusión Lili un poco antes,



—Si me vieran con ese brillante...

y pidió al dueño, que estaba solo a aquella hora, que le mostrase una de las joyas expuestas en la vitrina detrás de la cual aquél se hallaba. Accedió a ello el joyero, y, de

repente, el "comprador" les amenazó discretamente con un revólver.

Seguidamente, entró un joven, quien, muy decidido, y con la mayor naturalidad del mundo, dijo al joyero, colocándose a su lado, detrás la vitrina:

—Bien, aquí estoy... listo para trabajar.

El joyero le miró de pies a cabeza, turulato, y el "comprador" que le amenazaba con el revólver, le ordenó:

—Dígale que puede trabajar.

Segundos después entró un tercer "comprador".

—Buenas tardes. Quiero ver el diamante "El Shah"—dijo el "comprador" número dos, o sea, el "nuevo dependiente".

Este, muy atento, comunicó al joyero:

—Dispénsame... Un cliente quiere ver "El Shah".

El buen hombre pasaba por todos los colores del arco iris...

—Dígale que se lo enseñe—ordenó el "comprador" número uno.

El número dos se lo enseñó al número tres, y dijo éste:

—Lo compro.

El número dos manifestó al joyero:

—El caballero dice que lo compra.

Y el número uno:

—Dígale que puede quedárselo.

El número dos cumplió la orden, y el número tres se quedó con el brillante, y al salir, le acompañó el número dos... para no volver.

Realizada la hazaña, el número uno salió a su vez de la joyería, y, reuniéndose con sus cómplices, huyó en un automóvil, el cual no se detuvo hasta la puerta del café de Farruco.

Durante el camino, el que tenía el brillante lo ocultó en un cigarro puro y bajo la faja del mismo, para que en caso de peligro, no se lo encontrasen encima, como el judío del cuento.

Varios inspectores de policía presentáronse a los pocos momentos en el café, y dirigiéndose a la mesa ocupada por Farruco y sus poco recomendables amigos, no faltando Lili, el jefe de los agentes dijo al que tenía el brillante y que era conocido como un hábil ladrón de joyas:

—Robaron esta tarde la joyería "Smart".

—Siento no haber tenido intervención en el "negocio", porque es buena joyería—respondió el verdadero ladrón.

—Me alegro que estuvieses aquí.

—No me he movido en toda la tarde, y ya veis como no soy siempre yo.

—Bien... bien...

—¿Quiere un cigarro?

—¿Por qué no? Lo encenderé en seguida... y podrás aprovechar la cerilla para encender el tuyo.

—No, gracias... Este cigarro vale demasiado para fumarlo aquí.

Alejáronse los agentes, pero dijo el jefe a sus subordinados:

—Es él; pero no debemos hacer nada hasta que podamos detener a toda la cuadrilla.

—A las órdenes de usted, jefe.

El ladrón, Agapito, no pudo resistir al deseo de mostrar a sus amigos el brillante oculto en el cigarro, y al hacerlo, Lili apoderóse de la joya y dijo a su amigo:

—¡Farruco, es el diamante que yo te pedía! Agapito se apresuró a decir:

—Te lo doy por dos mil dólares.

—Cómpramelo, Farruco—suplicó Lili.

—¿Quieres que gaste dos mil dólares en una piedra? ¡No los daría ni por el peñón de Gibraltar!

Fué inútil. Farruco se mantuvo... farruco en su negativa.

Lili fué a vestirse para actuar, y Pepe, dejando en la Caja a la encargada del guardarropa, fué a ver a la mujer que él amaba con toda su alma y que era la misma Lili. Llamó con los nudillos a la puerta de su cuarto, y al abrirla y verle, Lili le dijo:

—¡No debes venir aquí!... ¡Si Farruco te ve! —¿Puedo entrar? Quiero hablarte un momento.

Lili le franqueó el paso. Sentáronse al borde de un sofá, y dijo Pepe:

—Te traigo algo.

Era un anillo con un modesto brillante.

—¡Qué bonito! — exclamó Lili.

—No es "El Shah", pero esta piedra te hará más dichosa, Lili... Y quiero que te vayas a la montaña para reponerte.

¿Qué decía aquel muchacho? ¿Le estaba ha-



—Dígale que puede quedárselo.

blando en serio? ¡Oh! ¿No sabía él lo que ella era?

—No, no puedo...—murmuró Lili.

—¿Por qué?

—No ves... Farruco... y yo...

—Te amo, y no perderé nunca la esperanza.

Pepe salió tristemente del cuarto de Lili, pero la oyó toser como nunca y volviendo a entrar en él, le dijo suplicante:

—¿No comprendes que si no sales de aquí te mueres!

—Farruco no me dejaría...

—¡Debes irte! ¡Hay que hacer algo!

Y escuchando la voz de su corazón, Pepe sumó sus ahorros, que llegaban cerca de los dos mil dólares y mandólos al doctor que visitaba a Lili, con la siguiente carta:

"Querido doctor:

"Mande a buscar a Lili y dígame que usted le presta el dinero para que se vaya.

"No le mencione mi nombre.

"Pepe."

El galeno se avino a complacer a Pepe, pues se trataba de un noble gesto, y Lili acudió a la cita que él le mandó seguidamente.

—Tenga usted, Lili... Hay cerca de dos mil dólares.

—¿Qué dinero es éste?

—Yo se lo presto para que se vaya al campo.

—Gracias, doctor; pero yo...

—No se preocupe por devolvérmelos... Ya lo hará cuando pueda... Mi deseo es que usted se reponga pronto.

—Pero ir al campo...

—No vivirá usted más de tres meses si se queda aquí.

—Me asusta usted, doctor.

—Es la pura verdad... No hay minuto que perder.

La celebración del cumpleaños de Farruco era siempre un pretexto para que la gente del hampa luciera traje de etiqueta y tirase la casa por la ventana, como vulgarmente se dice.

La policía se preparaba para una buena pesca, porque a río revuelto...

Lili estaba hermosísima. Vestía una espléndida "toilette", y en su mano izquierda lucía el famoso brillante robado por Agapito.

¿Cómo había ido a parar a su poder?

Eso era lo que Pepe, a quien ella fué a saludar a la Caja, se estaba preguntando al descubrir la valiosa joya en uno de sus dedos.

Lili comprendió su curiosidad y le dijo:

—El doctor me dió dinero para marchar-

me... pero compré el brillante. ¿Te gusta?

Pepe se atragantó. ¡Qué pena que Lili hubiese preferido aquella joya a ir a curarse en plena montaña!

Pero para no turbar la felicidad de su amada contestó:

—Sí que me gusta... puesto que te gusta a ti.

—Voy a decir a todos que es el anillo de prometida, regalo de Farruco... para que éste no proteste al vérmelo ¿comprendes?

Pepe sintió una punzada en su corazón. ¿Es que Lili no le haría nunca caso?

Lili fué a sentarse junto a Farruco en la mesa ocupada por los compinches, y Farruco, levantándose de su silla, anunció a todos:

—Señoras y caballeros, esta noche les voy a presentar a una nueva artista, reina de la danza exótica.

Y nuevamente, como obedeciendo al conjuro de la fatalidad, unida su suerte a la de la piedra fatal, apareció Musa, a quien el tiempo había convertido en bailarina.

Musa y su pareja, de su misma raza, hicieron las delicias de la concurrencia, y mientras bailaban, Lili logró que sus amigos viesan la joya que adornaba su mano izquierda.

—¡Vaya farol!—exclamó una de las mujeres.

—Me lo dió Farruco.

Este miró la joya, a Lili y a Agapito, preguntándose qué significaba aquel juego... ¿Acaso Agapito y Lili?

Celoso, empujó a Lili hacia la habitación de ésta, y le preguntó, airado:

—¿De dónde sacaste el anillo?

—¡Lo compré!

—¿Quién te dió el dinero?

—No seas mal pensado, Farruco...

—¡Vamos, dímelo!

—Me lo dió el doctor para que me trasladase a la montaña...

—¡Yo sabré la verdad!

En su furor, Farruco había abofeteado a Lili, y la infeliz criatura quedó llorando desconsoladamente.

Musa había sorprendido desde un cuarto inmediato, aquella disputa, y reconociendo la joya, dijo a su pareja, tentándole como lo hiciera con el negro Niambo:

—Musa quiere ese diamante. Si quieres a Musa... consigue diamante...

El negro prometió robar la joya, pero Lili no estaba ya en su cuarto. Había ido a reunirse con Pepe en el café.

—¿Por qué lloras, Lili?—preguntóle su enamorado.

—¡Farruco está celoso... y duda de mí!

—¿Qué ha ocurrido?

—Le he dicho cómo conseguí el diamante y no me cree.

—¿Dónde está ahora?

—Creo que ha ido a ver al doctor.

Pepe palideció. ¿Qué haría Farruco si se enteraba de la verdad? ¿Se la diría el doctor?

Sí; el galeno no pudo negarse a cantar, pues Farruco le amenazó con matarle si persistía en su empeño en callar.

Al enterarse de que era Pepe quien había facilitado el dinero para Lili, sintió unos celos mortales, y, de regreso al café, ordenó a un chofer cómplice suyo que llevase el coche a la parte trasera del establecimiento, porque iba a haber trabajo...

La policía estaba, empero, al acecho, y siguió al coche, ocultándose a prudencial distancia del mismo.

Farruco entró en el café, y dirigiéndose con dos cómplices a Pepe, le dijo, aparentemente cariñoso:

—Vamos, amigo mío... Ven a dar un paseo en automóvil.

—A mí no me llevas tú—repuso Pepe, comprendiendo la coartada.

—Tú vienes, y basta. Esto es lo que yo hago a los tipos que compran sortijas para las novias de otros...

Lili quedó perpleja. ¡Cómo! ¿Pepe era el

dueño del dinero que le diera a ella el doctor? ¡Oh! Era preciso salvarle, y dijo a Farruco:

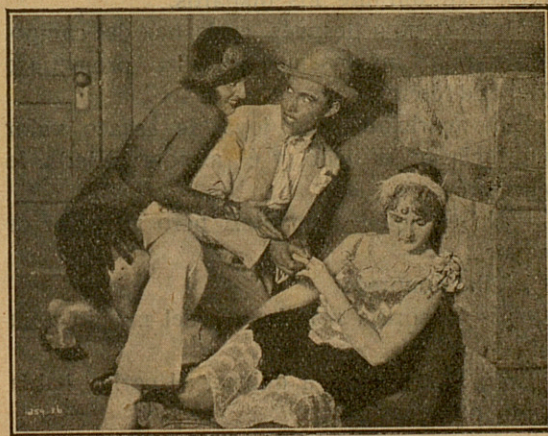
—¡Te juro que Pepe no me compró el anillo!

Estéril intento: Pepe fué sacado fuera, y alguien murmuró en una mesa:

—No volverá.

En la calle, Pepe trató de resistirse a subir al coche, y Farruco le empujó furiosamente hacia dentro.

La policía vió algo anormal en aquella escena y dió el alto a los bandidos, pero éstos contestaron a tiros, internándose en el café, y allí fué Troya.



... trataron de apoderarse de la sortija...

En un periquete todos los agentes entraron en el café y, apagadas las luces, sólo se vieron los fogonazos de los disparos.

Lilí desmayóse, y eso la salvó de una muerte cierta, pues era seguro que la hubiese alcanzado algún disparo.

Musa y su pareja trataron de apoderarse de la sortija de Lilí, pero uno tras otro fueron muertos por la policía, y la joya, rodando de manos de Musa al arroyo, fué, finalmente, aplastada por un pesado camión.

Farruco murió en la encarnizada lucha con la policía, y Pepe salvóse, como Lilí por su desmayo, gracias a que se hallaba dentro del automóvil durante los disparos.

Algún tiempo después, en la paz del campo, una pareja inmensamente feliz, prometíase fidelidad eterna.

Ella acariciaba una joya de escaso valor que lucía en un dedo, y él, al sorprenderla, le murmuró:

—No es aquel diamante... pero mi amor es mayor...

Y ella rumoreó:

—Es la sortija más bonita del mundo para mí.

Eran Lilí y Pepe, a quienes el cariño había unido para siempre.

FIN

[B.]